

Presencias y ausencias: Rosario, historia y nuevos libros

Por María Luisa Múgica[□]
(UNR)

Resumen

Casi en simultáneo con la muerte del historiador Ricardo Falcón producida el 28 de junio de 2010, aparecieron dos libros dedicados a la historia de la ciudad de Rosario que son de alguna manera herederos de las líneas historiográficas inauguradas por él a su regreso del exilio. *Los desafíos de la modernización. Rosario, 1890-1930* y *Ciudad de Rosario* son nuevos textos de historia de la ciudad que intentan revisitarse temas e imágenes procurando producir nuevas miradas e inteligibilidad sobre el pasado y sobre enunciados como “*Hija de su propio esfuerzo*”, la “*Barcelona Argentina*”, la “*Chicago Argentina*”, entre otros, en tanto restos del pasado que se actualizan asiduamente.

Palabras clave: Historia - Historiografía- Libros- Rosario- Falcón

Summary

Almost simultaneously with the death of the historian Ricardo Falcón, on June 28th, 2010, appeared two books on Rosario city's history which somehow are the heirs of historiographical lines opened by him on his return from the exile. *The challenges of modernization. Rosario, 1890-1930* and *Rosario City* are new city history books which try to revisit themes and images, and to produce new insights and intelligibility of the past and of statements such as “daughter of their own effort”, the “Barcelona Argentina”, “the Chicago Argentina”, among others remnants of the past that are regularly updated.

Key words: History- Memory- Books- Rosario- Falcón

[□] Profesora adjunta de la cátedra Teoría de la Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Es Profesora de Enseñanza Media y Superior en Historia y Licenciada en Historia (UNR), Maestro en Ciencias Sociales con mención en Sociología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Doctora en Historia (UNR).

Ha investigado sobre la historia de la prostitución reglamentada en Rosario entre 1874 y 1932, y publicado libros y artículos sobre la cuestión. Entre las últimas publicaciones se encuentran la coordinación del dossier “Prostitución e Historia”, con (2009) ‘La prostitución en Rosario: un análisis histórico sobre un nuevo/viejo problema’. *Itinerarios del CEEMI* 3, Rosario, CEEMI - UNR Editora; (2009) ‘Entre el reglamentarismo y el Código de Faltas. Una mirada histórica sobre la relación entre prostitución, policía y poder político en Rosario’, en Sozzo, M. (coord.) *Historias de la cuestión criminal en la Argentina*. Buenos Aires: Ed. del Puerto; (2010) *La prostitución reglamentada en Rosario entre 1874 y 1932*. Rosario: tesis de doctorado inédita; (2010) AAVV *Los desafíos de la modernización. Rosario, 1890-1930*. Rosario: UN. Es editora de la *Revista Reseñas.Net. Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red* del CEEMI <http://www.ceemi-unr.com.ar/revista-digital/ultimo/>. Ha participado en diversas jornadas y congresos nacionales e internacionales, además de formar parte de equipos de investigación especializados en Historia de Rosario.

“He bebido demasiada sangre negra de los muertos”, decía Michelet aludiendo a las relaciones entre historia, muerte y escritura, y veía a la última como un gesto a través del cual se aseguraba no sólo un lugar para los que no estaban -procurando el no olvido-, sino también el suyo.

A fines de junio de 2010 murió el historiador argentino Ricardo Falcón. Pocos meses más tarde se editaron dos libros sobre la historia de la ciudad de Rosario, que están directamente en deuda con él. Nos referimos a *Los desafíos de la Modernización. Rosario, 1890-1930* de Alicia Megías, Agustina Prieto, María Luisa Múgica, María Pía Martín y Mario Glück; y, *Ciudad de Rosario* de Alicia Megías, Agustina Prieto, Ana María Rigotti, Pablo Montini y Raúl D’Amelio. Si miramos los autores, vemos dos nombres que se repiten y de los ocho, considerando las recurrencias, seis fueron sus discípulos en las carreras o becas del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) o del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario (CIUNR), en las direcciones de tesis de grado o de posgrado, maestrías o doctorados. Podríamos intentar explicar por qué casi en simultáneo con su muerte aparecieron los dos textos apelando a la intervención de factores azarosos (“la nariz de Cleopatra”, según la célebre fórmula pascaliana); podríamos, tal vez, intentar otras explicaciones o bien construir elaborados ejercicios hermenéuticos que, por cierto, no tendrían demasiado sentido. Sin embargo, no sorprende que el 75% de los autores haya estado de distintas maneras vinculado con él, sencillamente porque Ricardo Falcón fue el gran dinamizador de los estudios dedicados a la historia de Rosario. Aunque el espacio local no concentraba exclusivamente sus intereses, sino más bien coexistía con su inclinación por la historia del movimiento obrero argentino, la cultura, el mundo y las condiciones de vida de los trabajadores, por ciertos temas y autores enrolables en la historia de las ideas o de los intelectuales (como José Ingenieros, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Esteban Echeverría, etc.), encontrándose entre sus últimos escritos la formación de la identidad socialista en Argentina.¹

Entre sus preocupaciones se encontró la cuestión del orden en sus diferentes manifestaciones: social, urbano, laboral y cultural; las relaciones entre la élite dirigente y los sectores populares; las políticas desplegadas a los efectos de construirlo y las resistencias que conllevaba, focalizando la óptica analítica en el espacio local -la mira estaba puesta en Rosario-, complejizándola sin por cierto perder la perspectiva del marco general, nacional, cuando no internacional, observando las especificidades insulares y en permanente ejercicio comparativo, en especial con Buenos Aires.

Los desafíos y Ciudad... son deudores de esas preocupaciones que estaban relacionadas con la cuestión social o con lo que Falcón definió como “la cuestión social urbana moderna”, refiriendo a problemas que daban cuenta del pasaje de una sociedad precapitalista aunque mercantil a otra con rasgos capitalistas, entre los que se encontraban la mendicidad de menores y adultos, los problemas habitacionales, la prostitución, las epidemias, los “vagos y malentrenidos”, la cuestión obrera, por sólo mencionar algunas de sus principales expresiones. Allí, tal vez, en la concentración de intereses en diversos problemas propios de la ciudad moderna, es donde mejor puede ponerse de manifiesto la impronta común. Para ver otras “marcas” basta con leer el artículo de María Pía Martín “Notas sobre un maestro”², que rescata tres presupuestos aprendidos: no confundirse con el objeto de estudio, sospechar todo el tiempo de lo que se lee en las fuentes e hipotetizar permanentemente. A los que se podrían agregar algunos otros: “hay que describir e

¹ Sin pretensiones de exhaustividad, Falcón, R. (1984) *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*. Buenos Aires: CEAL; (1986) *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*. Buenos Aires: CEAL; ‘Militantes, intelectuales e ideas políticas’, en Falcón, R. (2000) *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires: Sudamericana; (2008) ‘Notas sobre la formación de la Identidad Socialista en Argentina’ (avance del libro *Los orígenes del Socialismo en Argentina 1830-1900*). Rosario: Laborde - CIESAL. Fueron republicados otros artículos en (2011) *Estudios Sociales. Revista universitaria semestral* 40, primer semestre.

² *Estudios Sociales*, op. cit.

interpretar” todo el tiempo; el marco teórico debe aparecer mezclado con el objeto analítico; leer libremente (desprejuiciadamente) y combinar diferentes autores (“eclecticismo militante”); romper con las perspectivas disciplinares, etc. Era tal vez un historiador poco convencional y, al mismo tiempo, muy historiador en el sentido más clásico del término. Poco convencional en cuanto a los modos de abordaje que estimulaba sobre ciertos fenómenos, casi de orden sociológico, que combinaba con una fina sensibilidad filológica, con lecturas políticas y literarias. Eduardo Hourcade lo sintetizó agudamente aludiendo a lo que Paul Veyne llamaba la “historia conceptualizante” en un acto homenaje reciente llevado a cabo en la Facultad de Humanidades y Artes con motivo de la nominación de un aula, imagen más que elocuente y que habla de por sí. Ya aludiremos a la segunda dimensión.

Volviendo a los autores, no fueron sus únicos dirigidos, aunque algunos se encontraban entre los primeros luego de su regreso del exilio en París. Apelaba asiduamente a gestos de memoria mencionando la antigüedad en los lazos laborales que iba estableciendo, suerte de lógica etaria si se quiere, aunque no excluyente, ya que estimulaba a mucha gente joven cuyos temas o perspectivas le resultaban atractivos o provocadores y muchos estudiantes y docentes se beneficiaron con sus consejos y sus intervenciones.

Apostaba por la organización de grupos, que tenían además como particularidad fuerte ser inflacionarios y estar conformados por recursos que se hallaban en distintas instancias formativas que se iban incorporando a los espacios/ideas que iba generando, sin bajas, sumándose como partes al todo polimorfo, que veía como un caleidoscopio, cambiante al virarlo, permeable al contacto e interacción con otros; pensaba los colectivos no en sentido substancialista, sino relacional. Producto, fabricación, eran sin duda conceptos que le gustaban y que encontraban su matriz en su formación francesa como historiador, vinculados con el aprendizaje y con la relación con el otro, que era su dirigido. Había incorporado y procuró transmitir esas normas, hoy algunas ya obsoletas por los cambios producidos en los sistemas de investigación, de la tesis monumental, de la erudición con la interpretación combinada, de la marca de historicidad del archivo con el ejercicio de reflexión teórica, no como instancias separadas sino parte del mismo texto/narración, de la relación maestro - alumno. En sus relatos siempre aparecía Robert Paris y su propia presencia durante seis años cada quince días en los seminarios que aquel dictaba, con quien estableció un vínculo y una serie de iniciativas de investigación, como la confección de un diccionario biográfico del movimiento obrero argentino, que quedó inconcluso; o Madeleine Rebérioux, que había sido su directora, porque Paris no tenía tesis de doctorado de Estado y, por ende, no podía dirigirlo formalmente.³ Aprendió y después desarrolló ese modelo del “patrón”,⁴ al decir de Devoto, alguien que estimula y acompaña la carrera profesional de otro respetando, claro, su propio sesgo.

A su regreso del exilio, estimuló los estudios relacionados con la historia del movimiento obrero en la Argentina. Halperin Donghi describió muy bien la situación en la que se encontraba la historiografía argentina entre el '60 y el '85, mostrando cómo los vaivenes políticos repercutieron en la vida académica, traduciéndose no sólo en las dificultades de actualización de los estudios históricos sino

³ Gotta, C. y Múgica, M. L. (2008) `Entrevista a Ricardo Miguel Falcón´, en *Itinerarios. Anuario del CEEM* 2: 71-72.

⁴ Devoto, F. (1991) *Braudel y la renovación histórica*. Buenos Aires: CEAL, pp.10-11, refiriéndose a la relación entre Febvre y Braudel, modelo que está configurado a partir del propio proceso de profesionalización que sufrió la historia en Francia con los historiadores metódicos, que instalaron las reglas del oficio y apuntalaron formas de sociabilidad formal e informal con ese objetivo, además de construir una comunidad de historiadores profesionalizados. Puede verse también Noiriel, G. (1997) *Sobre la crisis de la historia*. Valencia: Frónesi, especialmente los capítulos “Nacimiento del oficio de historiador”, “El juicio de los iguales” y “*Annales*, la “disconformidad” y el mito de la eterna juventud”.

también en el grave deterioro de bibliotecas, carreras, profesores y auxiliares de investigación, muchos de los cuales encontraron en el exilio espacios para construir sus problemas más notables de investigación.⁵

Y fue la Universidad el sitio en el cual se produjeron cambios con el retorno a la democracia. En ese sentido, la carrera de Historia en Rosario, como en muchos otros lugares, sufrió una transformación profunda y saludable. Docentes que retornaron a sus cátedras junto con otros nuevos y jóvenes crearon ciertos espacios, impulsaron cambios de planes que se aplicaron no sin bemoles y no sin perjuicios y prejuicios, sin embargo. Desde la Escuela de Historia, dirigida por entonces por Marta Bonaudo, se organizaron seminarios -práctica vieja del oficio que, salvando las instancias y las modalidades, ya había instalado Ranke-, dedicados uno a la historia regional y otro general, de contenido variable. Desde este último y desde la cátedra Corrientes Historiográficas Argentinas y Latinoamericanas, Falcón fue aglutinando estudiantes, como así también más tarde desde sus cátedras en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales.

Michel de Certeau mostraba al texto de historia como un artefacto (texto/relato) que combinaba lugar y procedimientos disciplinares y lo describía como un proceso o de montaje en el cual el artículo o el libro era resultado y el síntoma de un grupo/laboratorio, producto/fabricación específica y colectiva más que efecto de una filosofía personal, que contenía las marcas de un lugar.⁶ De algún modo *Los desafíos...* y *Ciudad de Rosario* son herederos de las líneas inauguradas en los años '80 y '90 a través de "Un orden y una moral para Rosario. Una tentativa de disciplinamiento de los sectores populares en formación, 1870-1890" o bien de "Controlar y Reordenar. Las políticas de la élite dirigente hacia los sectores populares en Rosario, 1890-1900", trabajos aún inéditos pero cuyas hipótesis más fuertes se plasmaron en "Élite y sectores populares en un período en transición, 1870-1900", cuyos resultados se difundieron gracias a Adrián Ascolani -que impulsó en 1990 un encuentro⁷ y luego en 1993 un libro⁸-, impidiendo -no siempre con la misma fortuna- la apropiación de enunciados y formulaciones que tenían anclajes y autorías. No citar alguno de estos productos, práctica que pareciera mostrar que la historia (en tanto historiografía) de la ciudad nace con el enunciador, habla bastante mal de algunas novedades en el quehacer historiográfico contemporáneo, que paradójicamente se transforma de este modo en pre-paradigmático, parafraseando a Kuhn.⁹

Ciudad de Rosario es un objeto estético muy bello, editado por el Museo de la Ciudad y la Editorial Municipal de Rosario. En él predominan las fotografías sobre la narración, dando cuenta de que fue originalmente concebido como de fotografías e imágenes exclusivamente y con cinco relatos que sintetizan trabajos anteriores de los autores y están en perfecta sintonía con las imágenes. Está

⁵ Halperin Donghi, T. (1986) 'Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)', en *Desarrollo Económico* vol. 25: 100.

⁶ "...la operación histórica se refiere a la combinación de un *espacio* social y de *prácticas* "científicas". Certeau, M. de (1978) 'La operación histórica', en Le Goff, J. y Nora, P. *Hacer la Historia*. vol. 1 *Nuevos problemas*. Barcelona: Laia, (1ª ed. francesa: 1974), pp. 16, 19 y 25-26. O bien, afinando el concepto anterior, combina un *lugar* social, *prácticas* "científicas" y una *escritura*. (1993) *La escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana (1ª ed francesa: 1978), p. 68.

⁷ *Seminario de Actualización docente "Cien Años de Hist. de Santa Fe 1840-1940"*, organizado por el Museo y Archivo "D. Santos Tosticarelli" de Casilda el 27 de octubre de 1990.

⁸ Falcón, R., Megías, A., Prieto, A. y Morales, B., en Ascolani, A. (comp.) (1993) *Historia del Sur Santafesino. La sociedad transformada (1850-1930)*. Rosario: Platino, pp. 73-120. Los trabajos inéditos corresponden a los tres primeros autores. Véanse también entre otros: Falcón, R. y Stanley, M. (2001) *La Historia de Rosario. Economía y Sociedad*. Rosario: Homo Sapiens, tomo 1, o Falcón, R. (2005) *La Barcelona Argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario 1870-1912*. Rosario: Laborde.

⁹ Kuhn, T. S. (1995) *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Siglo XXI, pp. 33-50. Alude a aquellas obras que por sus propias características suponen que el campo "científico" está reconfigurándose permanentemente, que no hay líneas, métodos, técnicas, etc., a seguir, cuestiones que, por el contrario, dan cuenta del desarrollo de la "ciencia normal".

organizado como un texto de divulgación académica, sin notas al pie, aunque las referencias están incluidas en el relato sin que interrumpan el estilo de escritura más libre que se propone. Por otro lado, las explicaciones esgrimidas sobre el pasado de la ciudad no son monocausales ni simples, manteniendo las enunciaciones probabilísticas de la obra de historia académica. Aunque a diferencia de los textos de divulgación “exitosos” y de fuerte circulación en el mercado, el precio lo hará menos vendible, más allá de que está subsidiado, si no debería ser más alto por las imágenes. El corpus textual se completa con una bibliografía y un sector dedicado a los créditos de las imágenes, que se podría haber subsanado en el mismo cuerpo ya que allí están identificadas, pudiendo haberse agregado la filiación o el repositorio en vez de volver a repetir la información al final.

Los desafíos..., por el contrario, es el resultado de un PID, un proyecto colectivo dependiente de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Rosario. Está construido en base a artículos, muchos previamente ponencias, discutidas parcial o totalmente en jornadas o congresos académicos. Está cargado de las clásicas marcas de historicidad, contiene algunas imágenes y diferentes recuadros con relatos de fuentes o bibliografía, pero el texto tiene primacía sobre las imágenes. Si bien la edición está bastante cuidada en relación con otras producidas por la misma Editorial de la UNR, los aspectos estéticos no tienen la misma importancia que en el anterior. *Los desafíos...* se propone desmontar ciertos mitos urbanos de enorme impacto ciudadano que, a modo de resto o relictos, la memoria ha legado a la historia, procurando en otro registro diferente del memorioso, producir nuevas miradas e inteligibilidad sobre el pasado. En *Los desafíos...* se revisitan temas e imágenes diversas, partiendo del presupuesto común de Rosario como ciudad cosmopolita, laboriosa, en la que se conjugaron crecimiento económico, demográfico, heterogeneidad de culturas y costumbres y problemas nuevos o que, si no lo eran, sufrieron una fuerte resignificación social, fruto del impacto inmigratorio y de las abruptas transformaciones urbanas tales como la marginalidad, la prostitución, las demandas obreras, el hacinamiento, la difusión de enfermedades sociales, entre otras. Precisamente fue entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX que se elaboró el mito de la ciudad cosmopolita, laboriosa, laica y productiva, que se había forjado a sí misma a partir del empuje de sus habitantes, “hija de su propio esfuerzo”. Al mismo tiempo, otras metáforas se fueron configurando por entonces: Rosario como la “Barcelona Argentina” por el peso del anarquismo en el movimiento obrero; “la ciudad de los burdeles”, una ciudad casi “tomada” por las prostitutas; la “Chicago Argentina”, resultado del crecimiento económico y, después del veinte, asociada sobre todo a la mafia y a la prostitución. Estos son todavía algunos de esos restos del pasado que se actualizan asiduamente. El texto pretende tanto mostrar cómo se fueron configurando esos mitos como al mismo tiempo ponerlos en tensión.

De modo entonces que diversas capas de memorias sedimentan las historias de las ciudades y, en ese sentido, Rosario no constituye una excepción. Memorias dispersas, múltiples y multiplicadas, fragmentadas, cambiantes, se plasman en algunos de esos enunciados que todavía hoy tienen enorme circulación social. Justamente uno de esos mitos, el de Rosario “hija de su propio esfuerzo”, apuntaba a una ciudad que se había construido a sí misma, por el tesón de sus habitantes independientemente de la tutela estatal, a la cual la laboriosidad de estos le auguraba un inmenso porvenir; una ciudad sin pasado colonial, sin barniz aristocrático, una ciudad nueva y joven, “obra única de la inmigración”. El mérito entonces de la fuerte transformación de caserío a centro urbano progresista y pujante se debería exclusivamente a la labor tesonera de sus habitantes. Ese mito se habría forjado entre fines del siglo XIX y principios del XX, y con la *Historia de Rosario* de Juan Álvarez adquirió su forma más acabada. Alrededor de la década del veinte se intentó imponer otro mito de orígenes, como demuestra Glück, que estaba ligado a una fecha -al año 1725 como el de su asentamiento- y a la figura de un supuesto fundador llamado Francisco de Godoy, datos elegidos sin demasiadas certezas. Esa preocupación por encontrar fecha de fundación y fundador se impulsó especialmente con los festejos del Bicentenario de la ciudad (la última cuestión carecía para Álvarez de

completa importancia, aunque no así la creación de un onomástico). La falta de acuerdos respecto de la fecha de fundación se suplía con cierta disposición de la élite de conferirle una connotación religiosa al festejo, ya que tal vez la única coincidencia acerca del origen apuntaba hacia la existencia de un curato o una capilla. Dato no menor, que daba cuenta de ciertos cambios introducidos en el imaginario de la élite en favor de la religión católica. Sólo un poco antes, en 1908, cuando se intentó instalar un obispado en la ciudad, se produjo tal reacción, impidiéndolo un grupo de liberales, masones y anticlericales,¹⁰ acontecimiento que podía interpretarse como una derrota de la élite católica. Justamente que el día de Rosario coincidiera con la festividad de la Virgen y la fecha con 1925 podría leerse como una victoria de los católicos. Era intendente por entonces el médico higienista, radical, liberal y seguramente masón Manuel Pignetto, con una larga trayectoria política en la ciudad, que en 1908 formó parte de la Liga Liberal combatiendo el proyecto de instalación de un obispado en Rosario. Pero fue Juan Álvarez con su *Historia...*, escrita en 1938 y publicada en 1943, el que construyó un relato cuyo eje estaba centrado en Rosario, hija de su propio esfuerzo, proponiéndose sentar las bases de una identidad o “inventar una tradición”.¹¹

La configuración de “ciudad cosmopolita” estuvo relacionada con los procesos de transformación brusca que Rosario fue sufriendo entre fines del siglo XIX y principios del XX. A lo largo del siglo XVIII se fue formando lenta y desordenadamente. Era por entonces un caserío de 300 habitantes, próximo a una capilla rural, y un puerto natural ubicado a la vera del Camino Real que permitía la circulación de productos locales, el ingreso de mercancías, viajeros y novedades del exterior. En 1757 Santiago Montenegro, un comerciante que administraba justicia y ejercía el poder de policía en el poblado y campaña, donó una franja para levantar un templo a la Virgen del Rosario. Más tarde en 1823 el villorrio inicial se transformó en “villa”, en 1852 fue declarada ciudad, convirtiéndose en el principal puerto de ultramar de la Confederación argentina. El propio trazado de la ciudad, con las marcas del ferrocarril, una aduana, un muelle comercial, depósitos públicos y privados de mercaderías, entre otros, plasmó el proyecto de ciudad liberal y capitalista, y a partir de 1870 aproximadamente experimentó una vertiginosa expansión económica y demográfica, progreso que no iba a impactar del mismo modo en todos los grupos sociales.

Como Rosario no tuvo oficialmente un sitio fundacional, durante mucho tiempo la capilla fue el principal espacio de referencia y, enfrente, la plaza fue el centro cívico y político por excelencia, erigiéndose a su alrededor edificios de las principales instituciones públicas. La plaza fue el espacio de las rondas de los jóvenes, donde las familias concurrían a escuchar retretas y bandas de música; era el escenario de actos, desfiles y de las conmemoraciones de los extranjeros, que seguían atentos la vida política de sus países de origen y festejaban los 14 de julio, los *XX de Settembre*, el nacimiento del Príncipe de Asturias, entre otros; eventos que, junto al considerable incremento de la población, reforzaron el carácter cosmopolita de la ciudad. Recuérdese que hacia 1900 la ciudad contaba con 112.461 habitantes, casi el 54% de los cuales eran hombres y el 42% extranjeros, cifra que se cuadruplicó hacia 1926, incrementándose el porcentaje de extranjeros. Fue la plaza también el lugar de manifestación de los clubes electorales, del levantamiento de los radicales contra Juárez Celman en 1893.

Al complejizarse la trama urbana, también lo hicieron las instituciones públicas, puesto que el comandante militar, el cura y el juez de Paz ya no podían hacer frente a los nuevos problemas vinculados al orden, la administración y el control, y de ellos se pasaron a ocupar la Jefatura Política, el Tribunal de Comercio y en 1860 la Municipalidad. A lo largo del siglo XIX, se fueron diseñando instituciones

¹⁰ Este episodio está presente en tres artículos del libro: en el de Glück, Martín y Prieto.

¹¹ Glück, M (2010) ‘Juan Álvarez y la consagración historiográfica de un mito de orígenes para Rosario: la hija de su propio esfuerzo’, en *Los desafíos de la modernización. Rosario, 1890-1930*. Rosario: UNR.

y tecnologías específicas que se hicieron cargo de esos cambios notorios que impactaron en la ciudad, tales como la Asistencia Pública como policía sanitaria o la Inspección General como policía de costumbres, entre tantos otros. Cambios en la infraestructura y los servicios, vapores, ferrocarril, diligencias, mensajerías y correos que la comunicaron con la mayor parte de las provincias argentinas. Bulevares, avenidas, plazas, nuevos medios de transporte como tranvías a caballo, luego eléctricos, barrios de trabajadores, palacios, mansiones, petit hoteles, etc., marcan esa ciudad moderna,¹² de la que todavía quedan restos a través de la arquitectura.

El cosmopolitismo trajo aparejadas la articulación y la sociabilidad de los inmigrantes a través de las asociaciones, inicialmente por nacionalidades. Ante la carencia de lazos sociales, familiares o de algún tipo de vínculo que les ofreciera amparo y protección, y con el objetivo de socorrer a los enfermos, accidentados, viudas, y enterrar a sus muertos, se crearon las asociaciones de socorros mutuos. A finales de 1870 aparecieron o se consolidaron sociedades corporativas que reunieron a comerciantes, hacendados, industriales u obreros. Al mismo tiempo, tempranamente se cimentó un imaginario de impronta localista que destacó insistentemente los altos aportes que hacían los rosarinos al erario provincial y lo poco que recibían como contrapartida. Diversos episodios de la historia local desmintieron la idea de que el cosmopolitismo no constituyó un problema sino una virtud y que los extranjeros estaban exclusivamente dedicados a sus negocios privados, como los actos eleccionarios o la disputa acerca de dónde ubicar la estatua de Garibaldi que impulsaron los italianos luego de su muerte, que puso al mismo tiempo de manifiesto la existencia de un sector clerical fuerte en la capital provincial y un sector laico, opositor y dominante en Rosario. La estatua se inauguró finalmente en la Logia Masónica Unión 17, un espacio privado no público. Rosario se reivindicaba laica y liberal, y la movilización de vecinos era frecuente. Durante el siglo XIX la vida política e institucional conservó ese carácter contencioso, las coyunturas electorales violentas, la politización intensa, y la prensa siguió azuzando a la opinión pública con discursos provocadores o mordaces. A lo largo de 1890 esas tensiones se manifestaron en actos públicos, movilizaciones callejeras, festejos, quejas, huelgas y violencia electoral, manteniendo a los vecinos en constante alerta, como, entre otros, durante la primera conmemoración del 1° de mayo, acto en el cual los oradores hablaron en diferentes idiomas. A partir de 1890 las movilizaciones, los actos y las concentraciones públicas se instalaron como una de las formas habituales de hacer política; la violencia fue frecuente; las asociaciones de defensa de intereses locales o sectoriales se multiplicaron y se consolidaron agrupaciones y partidos políticos claramente marcados por un espíritu localista y municipalista.¹³

Otra de las facetas de esa ciudad moderna y cosmopolita estaba directamente relacionada con el mundo del trabajo, la actividad portuaria, la vida y la organización de los trabajadores.¹⁴ Tempranamente la instalación de un puerto fue vista como una verdadera necesidad, ligada al lugar que Rosario tenía dentro de la economía regional. Hubo varios intentos previos de establecimiento del Puerto Moderno, que fueron embestidos por los reveses geográficos. En otras oportunidades con motivo de las epidemias, en función de los cordones sanitarios establecidos, también se paralizaron las actividades portuarias y, como en tantos lugares, fue en las proximidades del puerto donde se concentraron inicialmente las casas de tolerancia. Ya desde los primeros planos encontrados y pensados sobre Rosario, en todos, el río constituía el principal argumento.¹⁵ La enorme expansión demográfica y edilicia de la ciudad llevó además a la creación de los barrios obreros o “industriales” y trajo aparejada como en tantas ciudades que, como ésta, sufrieron procesos de modernización brusca, problemas sanitarios directamente relacionados con el hacinamiento de los trabajadores, la falta de

¹² Megías, A. (2010) 'La formación de la ciudad', en *Ciudad de Rosario*. Rosario: Ed. Municipal de Rosario.

¹³ Megías, A. (2010) 'Modernización y turbulencias políticas. Rosario en la segunda mitad del siglo XIX', en *Los desafíos...*, *op. cit.*

¹⁴ Prieto, A. (2010) 'Postales proletarias del progreso', en *Ciudad de Rosario*, *op. cit.*

¹⁵ Rigotti, A. M. (2010) 'El río como argumento', en *Ciudad de Rosario*, *op. cit.*

obras de infraestructura como agua corriente y un sistema de eliminación eficaz de aguas servidas. Fueron también el blanco fuerte de las epidemias que se cobraron numerosas víctimas, como en el caso del cólera en 1867-68, 1886-87 y 1894-95, o la peste bubónica en 1900, ante las cuales las autoridades nacionales crearon cordones sanitarios. Las medidas higiénicas apuntaron a los barrios obreros; hubo desalojos, baños compulsivos, destrucción de ranchos y casillas. Esos barrios fueron vistos como peligrosos para la ciudad, porque el puerto podía perder su atractivo; sus problemas parecían ir inexorablemente de la mano del progreso y como su propia contracara. A partir de las epidemias se impulsaron obras como cloacas, aguas corrientes y la creación de la Oficina de Higiene en 1887, que se transformó en 1890 en Asistencia Pública.

Uno de esos barrios, conocido como la Refinería, era tal vez “el barrio más cosmopolita de la cosmopolita ciudad del puerto”; allí, en los conventillos, verdaderas “Babilonias modernas”, se alojaban obreros de distintas partes del mundo y del país. También estaba el llamado Barrio de las Latas, que tenía tiendas o casillas levantadas con material de desecho. En la Refinería, debido a las difíciles condiciones de trabajo, los trabajadores se organizaron a través de sociedades de ayuda mutua, gremios y sindicatos que impulsaban cambios en las condiciones laborales y salariales, organizaciones en las que las ideas anarquistas tuvieron primacía por lo menos entre 1889 y 1914. Figuras como Virginia Bolten, obrera anarquista, o el obrero austriaco Cosme Busdislavich, asesinado en 1901 por la policía en la puerta de la fábrica, son algunos de los tantos activistas que dan cuenta de esa otra capa de memoria de la ciudad, aquella que durante mucho tiempo fue calificada como “la Barcelona Argentina”.¹⁶ Eran esos barrios obreros los lugares de “redención” elegidos por algún librepensador como Carlos Suríguez y Acha para sus protagonistas. Aunque también la ciudad retratada por Suríguez era la Chicago del comercio y la industria, ciudad de actividad y enorme bullicio provocado por los tranvías eléctricos y las bocinas de las fábricas; el automóvil, la bicicleta y el tranvía eléctrico impusieron su ritmo a la calle, que además visibilizaba las tensiones de clase.¹⁷ Claro que hubo otros modos de habitar y de explotar el espacio privado y fueron los italianos los que se destacaron en la rama de la construcción, los que edificaron las llamadas “casas chorizo”, que por su gran flexibilidad permitían usos mixtos aun en sus formas más sencillas, que no era otra cosa que la adaptación de pautas básicas de la tradición mediterránea a las restricciones impuestas por el loteo.¹⁸

Otra ciudad, semejante y distinta a la ya mencionada, cosmopolita y en la que todo estaba por hacerse, fue la de los católicos con sus propios intelectuales, como Antonio Cafferata y Federico Valdés -ambos abogados y dirigentes del Círculo Católico de Obreros-, que coadyuvaron a la construcción de representaciones sociales. Valdés fue parte de la Comisión Pro-Obispado de 1908. Era otra cara de la ciudad, distinta de la liberal, masónica y anticlerical mencionada. En ese contexto los católicos rosarinos tuvieron su propio combate en un espacio donde lo moderno y secular se confundía sin conflictos. Estos intelectuales reivindicaban lo moderno en tanto vinculado al progreso económico y la expansión de la ciudad, fruto del trabajo y la inmigración, aunque tomaban distancia respecto del proceso secularizador que el concepto implicaba. Rosario era vista por ellos como una ciudad nueva, pujante, con perfil laicista moldeado en el

¹⁶ Prieto, A. ‘Postales Proletarias’, en *Ciudad de Rosario*, op. cit. Hacia 1942 el puerto se nacionalizó.

¹⁷ “La ciudad del librepensador”, de A. Prieto, trabaja tres novelas (*La Comedia Social*, *Despertar* y *Germinar*) que transcurren en Rosario y cuentan historias de redención. Buscando el origen de sus miserias, los protagonistas hallaban las causas de los grandes males sociales transformándose en apóstoles del orden social y moral esbozado. Suríguez y Acha fue el primer orador en el acto realizado por la Liga Liberal en el Teatro Politeama, en oposición a la creación del Obispado ya mencionado.

¹⁸ Rigotti, A. M., op.cit.

cosmopolitismo de su población y en la permeabilidad a las ideas liberales, masónicas y de izquierda, de allí el imperativo de cristianizarla comprometiendo para ello a sus fieles.¹⁹

Así como el asociacionismo y las sociedades corporativas tendían a fortalecer la solidaridad, los lazos y la protección de sus miembros, hubo también ciertos programas culturales fomentados desde la élite que llevaron a la creación de instituciones como la Biblioteca Pública Municipal Argentina o, un poco más tarde, el mismo grupo -el Círculo de la Biblioteca- proyectó conciertos, exposiciones y conferencias que pretendían revertir la imagen de Rosario como una ciudad meramente mercantilista. Fue el Círculo el que organizó el Primer Salón de Bellas Artes con colecciones particulares de vecinos. Elementos como el coleccionismo y el consumo artístico se reconocían como hábitos de clase y de distinción social. Juan Castagnino, Julio Marc o el propio Cafferata fueron ejemplos en ese sentido, representando de otro modo al hombre moderno interesado en el arte. Fue desde estas organizaciones, sumado al esfuerzo de particulares, de emprendedores como los citados, que se inauguraron algunos de los más importantes museos locales, como en 1920 el Museo Municipal de Bellas Artes o en 1939 el Museo Histórico Provincial de Rosario, el Museo Estévez o el Palacio Vasallo, los dos últimos donados por particulares, aunque corrieron una suerte diversa.²⁰

Finalmente, dos lugares fuertes de memoria²¹ de naturaleza muy diferente parecen también haber configurado y marcado al mismo tiempo la propia historia de la ciudad. Por un lado, el Monumento a la Bandera, pensado en términos conmemorativos a los efectos de recordar que se enarboló en Rosario por primera vez el pabellón patrio. Hubo dificultades respecto a su emplazamiento; existió más de uno, el primero en una isla frente a la ciudad, El Espinillo en 1872, que habría sido arrastrado por una crecida; otro se proyectó pero no llegó a emplazarse. Sin embargo, la memoria parecía no hallar un lugar donde depositarse y estaba inquieta, hasta que en 1898 por el impulso de algunos concejales se destinó dinero, un sitio y se contrató a la escultora Lola Mora. Llegaron hacia 1915 las principales figuras del monumento, que fueron calificadas como “feas”, por lo que se rescindió el contrato y terminaron circulando desde entonces por el espacio urbano hasta que en 1997 se les fijó su sitio actual, en el Pasaje Juramento. En 1940 la obra le fue adjudicada a los arquitectos Alejandro Bustillo y Ángel Guido y a los escultores Fioravanti y Alfredo Bigatti, con el lema “Invicta” y no sin bemoles, hasta que fue inaugurado finalmente el 20 de junio de 1957.²²

El otro lugar de memoria fue Pichincha, uno de los antiguos barrios prostibularios rosarinos desde 1914 hasta 1932, cuando se suprimió el sistema de prostitución reglamentada en la ciudad. Sus trazas perduran hasta hoy y subsisten, aunque refuncionalizadas,

¹⁹ Martín, M. P. (2010) ‘El mundo católico rosarino a comienzos del siglo XX. Orden, progreso y cristiandad en el espacio local’, en *Los desafíos...*, *op. cit.*

²⁰ Pablo Montini en “El programa cultural de la burguesía” menciona que el coleccionismo de vanguardia de la década del 1960 se dio acompañado de transformaciones en cuanto al público consumidor de artes plásticas y de un redimensionamiento del mercado de bienes simbólicos, en la medida en que se amplió el consumo cultural de la clase media. Un ícono de los cambios fue la muestra “Tucumán Arde” en 1968, por medio de la cual un grupo de artistas jóvenes pretendieron generar un circuito de contrainformación para desenmascarar la campaña de prensa de la dictadura de Onganía sobre la situación social en la provincia de Tucumán, luego de la cual muchos de ellos abandonaron la práctica artística o pasaron a la acción política. Otros museos que se crearon fueron el Museo de la Ciudad en 1981, a finales de la década del '90 el Museo de la Memoria y en 2004 el Museo de Arte Contemporáneo de Rosario; esta última experiencia se dio junto a distintas políticas de intervención urbana (*Ciudad...*, *op.cit.*)

²¹ Nora, P. (2008) ‘Entre memoria e historia. La problemática de los lugares’, en *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce, p. 33. Nora menciona que los lugares de memoria lo son en los tres sentidos: material, simbólico y funcional. También Ricoeur, P. (2008) *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: FCE, pp. 518-529.

²² D’ Amelio, R. (2010) ‘Avatares de un monumento’, en *Ciudad de Rosario*, *op. cit.*

algunas de esas antiguas construcciones,²³ actualizando de cierto modo ese pasado. Pichincha suscitó una gran proliferación de imágenes diversas y contradictorias; era una de esas “glorias tristes” de la ciudad, aunque sus burdeles eran vistos como “casas alegres”. Fue un espacio muy singular -no el único, Rosario tiene un largo pasado vinculado con la reglamentación de la prostitución que databa de 1874-, precisamente por el tipo de función que desempeñaba: fijaba e intentaba controlar la sexualidad de acuerdo con ciertos presupuestos que estaban en boga por entonces, el espacio donde el placer estaba “permitido”. Barrio Alegre, “gangrena y ludibrio”, orilla del pecado, barrio con símbolos y signos que aludían indefectiblemente a la existencia de casas de tolerancia, a la sexualidad, en el que la música, el consumo de alcohol, la venta de estupefacientes, la exhibición de mujeres en puertas o balcones o en las calles ligeras de ropas o prácticamente sin ellas, el tipo de lenguaje calificado de obsceno e impudoroso, en el que las riñas, los escándalos y la muerte eran moneda corriente. Aunque la prostitución reglamentada se abolió a fines de 1932 en la ciudad, este espacio ha perdurado en la memoria de los rosarinos -con mayor o menor extensión- marcado por su intensa connotación sexual. Espacio fundamental y necesario para procurar producir inteligibilidad sobre aquellos aspectos que constituyen parte de la historia social y de la historia negra y violenta de la ciudad.²⁴

Nuevos relatos entonces, sobre la historia de la ciudad, con la impronta de Ricardo Falcón -sin su responsabilidad intelectual-, ya que apuntaló nuevas líneas de indagación sobre la historia urbana rosarina, algunas presentes en los artículos mencionados, marca que además se nota en los modos y hasta en los estilos de construcción de los textos. Resulta impensable que ya no esté; pervive, claro, de otro modo a través de sus enseñanzas, con la misma extraña sonoridad que tenían los documentos para Michelet cuando recorría los Archivos Nacionales despertando y “escuchando” la historia de Francia. Ese gesto taumatúrgico del historiador romántico, en este caso entonces, parece saludable que se siga haciendo sentir.

²³ Rosario tuvo una arquitectura de burdeles, construcciones ex profeso que no tuvieron otras ciudades argentinas que, como ella, también reglamentaron la prostitución.

²⁴ Múgica, M.L. (2010) ‘Sexo y geografía en la ciudad: Pichincha, barrio prostibulario. Rosario, 1914-1932’, en *Los desafíos... op. cit.*